



Centro Universitario Europeo
per i Beni Culturali
Ravello

Territori della Cultura

Rivista on line Numero 16 Anno 2014

Iscrizione al Tribunale della Stampa di Roma n. 344 del 05/08/2010



Sommario



Centro Universitario Europeo
per i Beni Culturali
Ravello

Comitato di redazione

5

Studiare il territorio per una corretta gestione
Alfonso Andria

8

Patrimonio culturale, quale futuro
Pietro Graziani

12

Conoscenza del patrimonio culturale

Max Schvoerer Rencontre avec trois Génies sur les
Routes de la Soie

16

Max Schvoerer Le ciel de Samarcande, l'archéologie et
le prince astronome Ulugh Beg (1394-1449)

18

Piero Pierotti Pisa: la Torre sismoresistente

28

Roger-Alexandre Lefèvre Pour la première fois,
l'importance des impacts du changement climatique
sur le patrimoine culturel est soulignée par les experts
des Nations-Unies

38

Cultura come fattore di sviluppo

Aldo Aveta Roberto Di Stefano: il contributo
allo sviluppo della Conservazione e del Restauro,
dalla teoria alla prassi

44

Fabio Pollice Paesaggio e musica: una relazione di
senso. L'esperienza ravellese

52

Metodi e strumenti del patrimonio culturale

Mons. José Manuel del Río Carrasco Las catedrales,
Patrimonio de la Humanidad. Una mirada
teológico-cultural

64

Giovanni Coppola Villa Rufolo: storia, architettura,
archeologia e restauro

88

Matilde Romito 150 anni dalla nascita: Flaminia Bosco,
una vita votata all'arte

102

Comitato di Redazione



Centro Universitario Europeo
per i Beni Culturali
Ravello

Presidente: Alfonso Andria

comunicazione@alfonsoandria.org

Direttore responsabile: Pietro Graziani

pietro.graziani@hotmail.it

Direttore editoriale: Roberto Vicerè

rvicere@mpmirabilia.it

Responsabile delle relazioni esterne:

Salvatore Claudio La Rocca

sclarocca@alice.it

Comitato di redazione

Jean-Paul Morel Responsabile settore
"Conoscenza del patrimonio culturale"

jean-paul.morel3@libertysurf.fr;

Claude Albore Livadie Archeologia, storia, cultura

morel@msh.univ-aix.fr

Roger A. Lefèvre Scienze e materiali del
patrimonio culturale

alborelivadie@libero.it

Maria Cristina Misiti Beni librari,
documentali, audiovisivi

lefevre@lisa.univ-paris12.fr

mariacristina.misiti@beniculturali.it

Francesco Caruso Responsabile settore
"Cultura come fattore di sviluppo"

francescocaruso@hotmail.it

Piero Pierotti Territorio storico,
ambiente, paesaggio

pierotti@arte.unipi.it

Ferruccio Ferrigni Rischi e patrimonio culturale

ferrigni@unina.it

Dieter Richter Responsabile settore
"Metodi e strumenti del patrimonio culturale"

dieterrichter@uni-bremen.de

Informatica e beni culturali

Matilde Romito Studio, tutela e fruizione
del patrimonio culturale

matilde.romito@gmail.com

Adalgiso Amendola Osservatorio europeo
sul turismo culturale

adamendola@unisa.it

Segreteria di redazione

Eugenia Apicella Segretario Generale

apicella@univeur.org

Monica Valiante

Velia Di Riso

Rosa Malangone

Progetto grafico e impaginazione

Mp Mirabilia - www.mpmirabilia.it

*Per consultare i numeri
precedenti e i titoli delle
pubblicazioni del CUEBC:
www.univeur.org - sezione
pubblicazioni*

*Per commentare
gli articoli:
univeur@univeur.org*

Info

Centro Universitario Europeo per i Beni Culturali
Villa Rufolo - 84010 Ravello (SA)

Tel. +39 089 857669 - 089 2148433 - Fax +39 089 857711
univeur@univeur.org - www.univeur.org

Main Sponsors:



ISSN 2280-9376



Mons. José Manuel del Río Carrasco

*Mons. José Manuel del Río Carrasco,
Congregación para el Culto Divino
y la Disciplina de los Sacramentos,
Ciudad del Vaticano, Miembro del
Comité Científico CUEBC*

Las catedrales, Patrimonio de la Humanidad. Una mirada teológico-cultural

Para ser rigurosos en la investigación sobre las catedrales en general, es necesario realizar un análisis en términos cristianos, ya que estos edificios constituyen el significativo arquitectónico de un significado eclesial. Por ello, tenemos que superar una concepción meramente historiográfica y artística, que mutilaría el valor comprensivo de tales monumentos, ya que éstos fueron concebidos y vividos por la comunidad cristiana. El interés actual hacia el patrimonio histórico-artístico constituye el “tiempo oportuno” para volver a introducir en la imaginación colectiva la sacralidad cristiana, para que la colectividad no se distraiga con la fascinación desviante de una narrativa comercial y la exposición reductiva de una ensayística carente de religiosidad.

Las catedrales representan la “marca de calidad” de una Europa civil y religiosa, social y política, histórica y artística. Son un organismo en continuo proceso de evolución tanto en el contenido, donde vienen introducidos los diversos gustos de los comitentes y de la gente en general, como en el continente, donde vienen impresas las visiones de la *polis* y de la Iglesia. En torno a tales complejos culturales se va formando la comunidad cristiana hasta construir una *civitas christiana*, cuya fuerza no se basa en la uniformidad de los planteamientos y en la igualdad de las estéticas, sino en el compartir la fe y en la clarificación de la doctrina. Paradójicamente el cristianismo madura a pesar de las persecuciones y herejías, ya que también los hechos traumáticos contribuyen a fortalecer a los creyentes y a profundizar en la doctrina. Por todo ello, podemos afirmar que la catedral se convierte en una “crónica kairológica” y, por lo tanto, espiritual de cada una de las Iglesias particulares que avanzan a lo largo del tiempo ofreciendo el espíritu vital a estos insignes monumentos religiosos. Las catedrales se convierten así en un archivo de piedra y en un poema del espíritu, en el que se documenta y se narra todo lo que va sucediendo entre Jesucristo y los creyentes en Cristo en el tiempo de la Iglesia.

Las catedrales existen por el ardor religioso y la organización eclesial que caracterizan a la comunidad cristiana que, por medio de estos símbolos, expresa su identidad y unidad territorial. Podemos así deducir y afirmar que si se realiza un estudio sobre las catedrales que ignore el contexto religioso, sería como estudiar un texto sin saber descifrar la escritura o comprender la lengua. En Europa, los primeros siglos del segundo milenio asistieron a un proceso de construcción continuada



de catedrales según una *mens* en la que se han sintetizado los valores romano-germánicos en una nueva cultura medieval, bajo cuyo amparo se configura políticamente la *civitas christiana*. Su fuerza se basa en la dialéctica entre la estructura interna y las presiones externas, entre profecía institucional y genio personal, entre la organización eclesiástica y la vida consagrada. De todo ello resulta un *habitat* en el que las catedrales se convierten en *imago* de la comunidad cristiana, *imago* espiritual del cuerpo místico de Cristo, *imago* de la sociedad civil, poniendo en marcha una concurrencia de poderes y carismas esencialmente centrífugo, que sirve para incrementar el sentido de pertenencia colectivo.

La catedral constituye el corazón de la vida diocesana, es la *ecclesia mater et maior*, donde el obispo enseña, celebra y gobierna; es el centro litúrgico de la diócesis desde donde parte la acción sacramental de los presbíteros. Aquí el presbiterio se concuerda con el obispo para asegurar la cura pastoral de los fieles, invocando los dones del Espíritu, viviendo en comunión de intenciones y anunciando el evangelio de la caridad. Todo este cúmulo de principios eclesiológicos inspira una cultura arquitectónica, que configura los estilos mediante los cuales se viene caracterizando la estructura de las catedrales en las diversas épocas.



La Sagrada Família, Barcelona

1. La catedral, bien cultural de la Iglesia

1.1 Naturaleza

La catedral es, por excelencia, un bien cultural de la Iglesia, es decir, una obra de arte significativa puesta al servicio de la misión eclesial. Religión de la Encarnación y enculturación de la fe, proyectan una serie de instrumentos para dar visibilidad al paradigma que describe a los cristianos como “familiares con Dios y entre ellos”. Todos los instrumentos destinados a convertirse en un icono auténtico de este paradigma en medio de un particular contexto cultural se convierte en un bien y, como tal, tiene que ser conservado materialmente, tutelado jurídicamente y valorado eclesialmente. La catedral, en cuanto bien



cultural, es un testimonio vivo de la *Traditio Ecclesiae* y forma parte del patrimonio histórico-artístico diocesano.

La catedral es un testimonio vivo de la Traditio Ecclesiae. Esta identifica la acción continuada de la Iglesia en el mundo bajo la égida del Espíritu Santo, que se precisa en el anuncio evangélico del amor misericordioso. Este anuncio cae dentro de la responsabilidad del obispo, que garantiza la ortodoxia y la ortopraxis en el *continuum* eclesial. El patrimonio que se sedimenta en la vivencia de la catedral es un *bien* porque está dirigido a la evangelización cristiana en vista de la *salus animarum*. Constituye un *bien vivo* en su dimensión histórica y actual.

La catedral forma parte del patrimonio histórico-artístico diocesano. Se trata de un patrimonio articulado y complejo que comprende una tipología diferenciada de obras de arte que poseen un valor histórico y artístico, además de religioso y eclesial. Tal patrimonio encarna territorialmente la relación entre fe y arte. Es un patrimonio complejo y variable, pero existe una «relación natural, una profunda afinidad, una posibilidad estupenda de colaboración. Tanto el arte como la fe exaltan la grandeza del hombre y su sed de infinito» (JUAN PABLO II, Alocución *Congreso internacional de artistas cristianos* – SIAC, 14 de octubre de 1986).

1.2 Finalidad

La Iglesia por medio de los bienes culturales expresa su propia *Traditio*, valorando de este modo el *hic et nunc* de cada época. El aspecto histórico permite establecer una *cultura de la memoria* que manifiesta la enculturación de la fe en una determinada comunidad. El aspecto de actualidad permite llevar a cabo en el *continuum* histórico una *cultura del presente* que manifiesta la inspiración cristiana en la cultura local, el anuncio evangélico en la catequesis mistagógica, la piedad religiosa en el culto divino, el amor caritativo en las obras de misericordia, la *missio ad gentes* en el diálogo con los lejanos. El devenir de los acontecimientos no viene propuesto en sentido cronológico, es decir temporal, sino en sentido kairológico, o bien espiritual, de manera que el patrimonio histórico-artístico asume un valor simbólico. En este contexto, la catedral es un lugar del presente histórico y, al mismo tiempo, del futuro escatológico. El obispo, ejercitando en la misma su propia misión pastoral, garantiza ortodoxia y ortopraxis de cultura, catequesis, culto y caridad para la santificación de los fieles y para la apología del cristianismo. Los



signos artísticos que hacen visible la “vivencia” de la catedral asumen el valor de bienes culturales en tanto en cuanto están puestos al servicio de la misión de la Iglesia.

La catedral se manifiesta en su esplendor artístico. El *splendor formae* manifiesta la importancia que la comunidad cristiana atribuye a este edificio sacro, que se convierte en estandarte de la comunión eclesial. Es una deformación enfatizar el aspecto estético dejando de lado el fin religioso. De suyo, ha sido la progresiva toma de conciencia de los *Christifideles* la que ha estimulado la construcción de estupendas catedrales, con las que se ha querido indicar el sentido de pertenencia comunitaria a la nueva religión “en espíritu y verdad”. Los elementos de exaltación y poder que se puedan adscribir al encargo de la obra de arte no constituye un factor esencial, sino periférico.

La catedral se ennoblece en su esplendor artístico. La belleza aísla el conjunto dinámico de los elementos constitutivos en un absoluto sacro que se transforma en un signo visible del Absoluto religioso. La belleza, de suyo, posee un intrínseco valor sagrado, independientemente del contenido, que puede indicar tanto lo natural como lo sobrenatural. La belleza eleva las obras de arte y las acciones de la banalidad, revelando las propiedades trascendentales del ser y estimulando la catarsis del recorrido ético. Representa, además, el valor de la comunidad reunida en torno al obispo, como una imagen del “cuerpo místico” que es la Iglesia. La “razón suficiente” del patrimonio histórico-artístico es pues la comunidad cristiana en cuanto que es la que encarga, realiza y es la destinataria de las obras de arte. Debido a su madurez espiritual y genialidad cultural se puso en marcha la construcción de las catedrales, a lo largo de los siglos, que se realizaron gracias al impulso de unas afortunadas circunstancias históricas.

La catedral se anuncia en su esplendor artístico. Las obras de arte, además de saciar el sentido de pertenencia con respecto a la comunidad, son un manifiesto elocuente de la fe hacia los *alejados*, ya que la belleza atrae, generando estupor y predisponiendo al misterio. De este modo se activa en el que contempla la curiosidad por la búsqueda, la emoción de lo sagrado y la fascinación por la religión. La catedral, por este motivo, mediante el lenguaje universal y específico del arte, puede representar un instrumento privilegiado para el encuentro y el diálogo entre diversas culturas y etnias, sobre todo en este momento actual, secularizado y con múltiples creencias.

La catedral se espiritualiza en su esplendor artístico. La Iglesia



en su acción misionera ha sido “siempre amiga de las bellas artes, ha buscado constantemente su noble ministerio, sobretudo para que las cosas destinadas al culto sagrado fueran realmente dignas, elegantes y bellas, signos y símbolos de las cosas celestiales” (SC 122). Por lo tanto, la belleza de las catedrales, es un acto de piedad religiosa, ya que indica de modo sensible el encuentro sacramental de Cristo con su Iglesia. La catedral es, por excelencia, una primicia de la vivencia cristiana, por lo que encuentra una expresión en la santidad personal, además de en el genio humano y en la belleza artística. Todos estos aspectos orientan al fiel hacia la dimensión teológica de los acontecimientos existenciales y de los signos sensibles, donde poder unir “sacramentalmente” el “ya pero todavía no” del Reino en la belleza artística y en la fascinación que ésta produce.

La atención de la Iglesia por el patrimonio histórico-artístico, comprendido al menos *de facto* y con frecuencia *de iure* como el conjunto de los bienes culturales, encuentra ejemplos abundantes tanto a lo largo de la historia como en la actualidad. La Iglesia incluye entre los bienes culturales «ante todo, los patrimonios artísticos de la pintura, de la escultura, de la arquitectura, del mosaico y de la música, puestos al servicio de la misión de la Iglesia. A éstos se deben añadir los libros contenidos en las bibliotecas eclesiásticas y los documentos históricos conservados en los archivos de las comunidades eclesiales. En fin, pertenecen a este ámbito, las obras literarias, teatrales y cinematográficas, producidas por los medios de comunicación social» (JUAN PABLO II, *Alocución a los Miembros*

Catedral de Cadiz



de la Comisión Pontificia para los Bienes Culturales de la Iglesia en ocasión de la Iª Asamblea plenaria, 12 de octubre de 1995, en L'Osservatore Romano, Edición en español, 20 de octubre de 1995, 12). Las obras y los acontecimientos producidos en los diversos ámbitos se distinguen por el destino cultural, catequético, cultural o caritativo.

La catedral, areópago cultural. La catedral es un monumento al genio y un manifiesto cultural, ya que expresa la capacidad humana de transformación con relación a las necesidades naturales y sobrenaturales. El conjunto del pro-



yecto, las soluciones técnicas, las producciones artísticas y las tradiciones rituales constituyen un conjunto de expresiones culturales mediante las cuales los creyentes no sólo demuestran que contemplan el espectáculo del mundo y la revelación de Dios, sino también su capacidad para transformar el ambiente generando en un sistema coherente con la *Weltanschauung* cristiana. Por medio del patrimonio histórico-artístico de las catedrales es posible entrar en sintonía con el depósito sapiencial de la comunidad cristiana, pudiendo recorrer el desarrollo cultural en la continuidad de la *Traditio Ecclesiae*.

La catedral, "Biblia pauperum". La catedral, con su conjunto de elementos externos e internos, espaciales y rituales, constituye un programa iconográfico unitario que anuncia el Evangelio, tanto con el contenido, que narra la historia de la salvación, como por medio de la belleza, que confiere la fascinación de lo sagrado. Arquitectura, pintura, escultura, vidrieras, decoraciones, accesorios, vestidos, músicas, cantos, flores, aromas, ritos y todo lo demás, constituyen un sistema narrativo orgánico que anuncia el Evangelio y celebra la fe, reclamando las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad. Las diversas artes que tejen la catedral son un instrumento de catequesis, que sirven para concretar el kerigma en el contexto de una determinada cultura que se desarrolla en el tiempo. Bajo la égida del Espíritu, con la colaboración del genio humano y con la participación de la comunidad diocesana manifiestan la intensidad sacramental, evocan la armonía interior y conducen a la ascesis mística.

La catedral, espacio cultural. El compromiso para dar dignidad al *culto divino* por medio de la belleza sensible ha favorecido la construcción de magníficas catedrales, que constituyen el punto nodal de innumerables lugares de culto que se distribuyen a lo largo del territorio (parroquias, capillas, oratorios, temples, además de conventos, monasterios y santuarios). La catedral es el lugar de la celebración por excelencia, en el que se unen *sacralidad* y *funcionalidad* activando una relación de funcionalidad sacra como requisito previo de las artes litúrgicas. Como parte integrante de la liturgia, las artes destinadas a lo sagrado, en sentido cristiano, asumen una finalidad de evocación, invocación y epifanía, que en la catedral viene a expresar el *sensus Ecclesiae*. Por tanto, ejerciendo un *nobile ministerium*, que se asocia al episcopal, realizan de *modo analógico* el triple *munus* sacerdotal, profético y real del que la Iglesia es depositaria.



La catedral signo caritativo. Para el cristianismo es esencial el anuncio del Evangelio a través de las obras de misericordia; así, en el contexto eclesial el trabajo artístico se extiende a todos los aspectos de la vida, de modo que la belleza estética dé consuelo al desgaste cotidiano. De este modo, el arte, que hace resplandecer la catedral, pone en evidencia el servicio episcopal de la alabanza a Dios y del servicio a los pobres. Mientras la alabanza, reclama esplendor en la forma, el servicio exige esplendor en las obras. El ministerio artístico se conjuga, por lo tanto, con el episcopal, revelando con discreción e inefabilidad el compromiso caritativo de los pastores, para estimular la imitación virtuosa por parte de los fieles. Por ello, la Iglesia ha revestido las "misericordias" de apología narrativa y de belleza estética. Las artes representan el valor añadido a las obras de misericordia, para comunicar la benevolencia divina a través de la solicitud humana.

2. La catedral, signo eclesial del territorio

2.1 Una arquitectura eclesial

En el cristianismo la historia asume sentido antropológico convirtiéndose en peregrinación del hombre hacia el "Reino de Dios", por lo que tiempo y espacio deben ser determinados a la luz de la trascendencia divina. El cristianismo ha caracterizado de este modo la *plantatio Ecclesiae* por medio de una constelación de símbolos religiosos, idóneos para resaltar la urgencia espiritual de unirnos a Dios, para que nuestra existencia mortal tenga como meta final el camino hacia la eterna bienaventuranza. Para confirmar esta actitud, en el occidente europeo, el inicio del segundo milenio ha estado marcado por una explosión de catedrales que han rediseñado con un sentido religioso los centros urbanos, para confirmar el estabilizarse progresivamente de la *civitas christiana*.

La catedral, evento eclesial. La organización de la urbanística medieval en la que la catedral asume un valor irradiante con respecto al sistema eclesial, político y doméstico indica la visión cristiana de la civilización bajo el signo del "único rebaño con un solo pastor". Como consecuencia, la construcción de la catedral quiere simbolizar la edificación misma de la comunidad que celebra los "divinos misterios" y goza con antelación las "realidades celestiales" bajo la égida del obispo, imagen del "buen pastor", además de Cristo cabeza y de su



Catedral de Colonia

cuerpo místico, la Iglesia. Por ello, en la construcción de la catedral participa toda la colectividad, poniendo en marcha todo un sistema de intervenciones autóctonas y foráneas encaminadas a revestir del mayor esplendor posible el monumento que identificará por excelencia a la *polis*. Los esfuerzos, muchas veces titánicos, para dar esplendor artístico al edificio, demuestran la importancia de la catedral, que de ser un evento primariamente eclesial, se transforma también en un signo político y de exaltación. La catedral es, por lo tanto, el lugar que por excelencia da sentido al territorio urbano y a la vida civil, ya que confirma el primado de Cristo, orienta las decisiones hacia Cristo y asegura la presencia de Cristo.

La catedral, evento complejo. En ella se refleja la comunidad cristiana reunida en Cristo en torno al obispo, que se transforma en su signo por medio de su triple *munus*. La catedral es la *ecclesia mater et maior*, donde el obispo enseña, celebra y gobierna; es el centro litúrgico de la diócesis desde donde parte la acción sacramental de los presbíteros. Todo ello condiciona los elementos sensibles que estructuran la complejidad arquitectónica del edificio destinado a significar el lugar de la *cátedra episcopal*. Siendo estandarte y medida de la comunidad que preside, la catedral se incultura en cuanto al estilo en las diversas épocas señalando así el sucederse de las múltiples generaciones de cristianos que la vitalizan en su esfuerzo continuo de santificación en Cristo y en su irradiación en el territorio.

2.2 Una composición narrativa

El proyecto arquitectónico de una catedral no procede de la nada, sino que está en continuidad con las formas naturales y culturales. Los constructores ponen en marcha un proceso de transformación, debiendo, al mismo tiempo, situarse en sintonía con la *natura naturans*, para, de este modo, poder aco-



Catedral de Palermo

ger los dinamismos expresivos; al mismo tiempo tienen que sintonizar con el *genius loci*, para poder asimilar la cultural específica del lugar. En lo que se refiere a los proyectos religiosos, naturaleza y cultura están conjugados, ya que para los cristianos el plan de la creación está conectado íntimamente al de la redención, de modo que de la “catedral cósmica” se puede pasar a la “catedral cristocéntrica”, teniendo como fundamento de la relación entere ambas la “restauración de todas las cosas en Cristo”.

La impresión de lo divino en el mundo sensible. La construcción de la catedral exige previamente la contemplación de la presencia divina y la atención a la comunidad eclesial, siguiendo los principios de la teología cristiana y del magisterio de la Iglesia. De este modo, si la configuración de las formas presupone la intuición del Ser trascendente, a modo de “número universal”, la organización de los espacios debe tener siempre en consideración la adecuación a la normativa ritual como *mens* eclesial. Si, por un lado, se imprimen los arquetipos de lo divino codificados en el universo contingente, por otro tienen vienen enumerados los símbolos de la religión codificados en la *Traditio Ecclesiae*. La catedral, como consecuencia, se convierte en una custodia de lo divino, tanto por su estructura como por su función. No es casual que el conjunto de la estructura de la catedral decodifica habitualmente una simbología cósmica y antropológica para transfigurarla en una simbología cristológica.

La evolución de lo sagrado en la historia. La catedral, en su configuración actual, narra con formas arquitectónicas todo lo que ha ido aconteciendo entre Dios y el hombre, a través de la celebración de los misterios divinos. La catedral representa el lugar del cual procede la consagración de los creyentes y, por lo tanto, la sacralización del territorio. Por este motivo, no es una casualidad que muchas catedrales han sido construidas



en lugares dedicados, en épocas pasadas, a cultos paganos para, de este modo, reconvertirlos a Cristo; igualmente, y de un modo más abundante, surgieron las catedrales en lugar marcados por el testimonio de cristianos santificados, pidiendo así su intercesión por la Iglesia local. La recapitulación de todas las cosas en Cristo posee una esencia escatológica y un cuadro territorial. Por ello las catedrales recuerdan a los fundadores y a los patronos de la Iglesia particular, sacralizando así en Cristo el devenir de los acontecimientos históricos. Son el “monumento sacralizado” de la comunidad local, es decir, la memoria de la Iglesia para poder evitar los errores cometidos en el pasado e incrementar en el presente el celo pastoral. Las catedrales constituyen una obra progresiva para dar continuidad a la invención arquitectónica en cada época, pudiendo así continuar la narración del *eventum salutis* en ese territorio y en ese momento concreto de la historia.

2.3 Una “lectio divina” sensible

Los parámetros de la *lectio divina* constituyen el preámbulo de la comprensión y fruición de la catedral, en los cuales el monumento adquiere un valor ascético. El Señor es el Maestro que habla también a través de las “profecías” arquitectónicas de la catedral, desde donde fluye el magisterio episcopal. Momentos de ascesis son la asimilación del objeto en la evidencia cultural, la meditación sobre los significados religiosos además de los significantes expresivos, el diálogo a través de las formas simbólicas con lo divino que no se puede expresar, la contemplación estética en el éxtasis sagrado, el impulso hacia un renovado compromiso con lo cotidiano.

Escuchar el monumento. La catedral tiene que “ser escuchada”, por lo que los usuarios tienen que disponerse al silencio interior, dejándose “conformar espacialmente”, intuyendo las formas arquitectónicas y asimilando los contenidos teoló-



gicos. Si tal escucha produce la experiencia de lo sagrado, entonces es posible investigar sobre los requisitos sensibles de la arquitectura para el culto, tratando de comprender el secreto compositivo y vital de lo que genera el atractivo estético-sagrado, incluso comprendiendo que la realidad inefable supera la mera suma de los elementos sensibles.

La sacralidad del monumento. La catedral tiene que ser consagrada, por lo que se necesitan ritos de dedicación y formas artísticas. Muchas catedrales, en sus complejas formas, constituyen un inigualable compendio teológico y producen una admirable visión mística. Dicha sacralidad pone en evidencia la dialéctica de presencia-ausencia que transcurre entre el *lumen natural*, que genera estupor ante la belleza artística, y el *intellectus fidei*, que induce al recogimiento ante la presencia eucarística. La catedral se convierte así en un signo sacramental de unidad y de comunión confiado a los frágiles materiales de la tierra y a la fe heroica de los creyentes.

3. La catedral, monumento de la diócesis “en continua evolución”

3.1 La complejidad del devenir

La catedral expresa espacialmente el encuentro entre Dios y el hombre, que se realiza en una porción de la Iglesia presidida por el obispo. Su arquitectura, por la parte del hombre, imagina el lugar de la presencia divina, puesto que el anhelo religioso no se puede suprimir; por la parte divina, se basa en la lógica de la encarnación, puesto que Dios “ha puesto su morada en medio de los hombres”. Ambos aspectos comportan una referencia cultural y consecuentemente un devenir histórico. Las formas de la arquitectura para el culto dependen, pues, del contexto cultural, es decir, del modo de concebir y representar tanto la divina revelación como la enseñanza del Magisterio. La variabilidad de los contextos se debe a la relación entre la habilidad técnica, el genio productivo, el orden social, las circunstancias históricas, las convicciones doctrinales, la regulación litúrgica, el entorno natural y los recursos económicos. De todo ello se deriva un sistema “en continua evolución”, cuyo devenir, en el aspecto natural, viene garantizado por las leyes físicas y las condiciones medioambientales, y en el cultural, por los grupos eclesiales y las decisiones locales.

El devenir físico y natural. La catedral está construida con ma-



teriales que impactan en el territorio y quedan expuestos al deterioro. Alterando la ordenación del territorio, tanto desde el aspecto urbanístico como del paisajístico, cambia la visión del contexto. Cuando se produce el deterioro físico, ya sea por la degradación de los materiales como por factores traumáticos (terremotos, incendios, derrumbes, infiltraciones u otras destrucciones), se altera el sistema originario. Por ello, la catedral está sometida al devenir de la materia que, por un lado, confiere de modo fascinante la pátina del tiempo y, por otro, produce la pérdida inesperada de las obras de arte. De aquí la urgencia de las intervenciones ordinarias y extraordinarias de restauración conservativa, que tienen que garantizar la estratificación histórica y, al mismo tiempo, la seguridad estructural.

El devenir litúrgico. La catedral no está sólo “en continua evolución” por lo que se refiere al sistema estructural, sino también en el campo litúrgico. Bajo este aspecto, al desarrollarse la ecle-siología y la sacramentaria, surgen nuevas necesidades celebrativas, llegando incluso a exigir la reestructuración del sistema espacial, como muestran, por ejemplo, las grandes reformas del Concilio de Trento y del Vaticano II. Desde el momento que la liturgia constituye el elemento vital y significativo de la catedral, ésta debe ser adaptada continuamente, salvaguardando, dentro de lo posible la memoria histórica y las obras artísticas. En este contexto, las restauraciones no se pueden reducir ni a la recuperación del original, ni a la filología de las superposiciones, ya que se necesita una organización del culto.

El devenir cultural. Además de los cambios litúrgicos, se producen, también, los culturales, por lo que mutan los gustos y los lenguajes. De aquí proviene un proceso de transformación, tanto en los significados culturales como en los significantes estéticos. El propio sentido de pertenencia, obliga a realizar continuas intervenciones que ponen en marcha una obra de transformación del monumento, por medio de los cambios estructurales y las interacciones artísticas, la posibilidad de contar con recursos económicos, el “carisma” de quien encarga la obra, la competencia de los obreros y el celo de los fieles han producido en la vida de la catedral continuos cambios que, en muchos casos, han ennoblecido el conjunto. Por ello, la historia de la catedral continúa a ofrecer a cada generación, no sólo la capacidad de conservarla, sino también el derecho a realizar integraciones. En este sentido, las restauraciones y adaptaciones tienen que admitir integraciones que posean el crisma del mundo contemporáneo en el que vienen realizadas.



Catedral de San Esteban de Viena

El devenir ritual. La liturgia posee diversos ritos celebrativos que expresan la sacramentalidad de la Iglesia, encontrado en la catedral una imagen ejemplar de la misma. El sistema ritual necesita múltiples elementos efímeros, decoraciones, adornos, luces, vestidos, flores y perfumes para poner en evidencia, de modo adecuado, las diversas circunstancias litúrgicas. Estos elementos van entre ellos organizadas en “instalaciones” concordantes a los diversos usos de la celebración, para ponerlos en sintonía con la entera estructura espacial. No se puede, en efecto, preparar un sistema escenográfico que sea igualmente idóneo para los ritos de la Semana Santa, como para los diversos sacramentos, sacramentales y para las prácticas de piedad.

El devenir preceptivo. También la percepción del edificio está “en continua evolución” bajo el signo del *nova et vetera*, para inducir a nuevos conocimientos, sugerencias y fantasías. Existen, en efecto, variadas condiciones psicológicas, por lo que el encuentro con un monumento engendra situaciones emocionales diferentes y mudables; el frente cognoscitivo está muy articulado, por lo que no es posible que todos lleguen a recoger las mismas evidencias y relaciones; son múltiples las generaciones a las que va destinado el monumento en el alternarse de las épocas, por lo que cambian los gustos y necesidades. Se tiene que considerar, también, el sistema sensorial presente en los cinco sentidos, por lo que es necesaria una ordenación orgánica del espacio con relación a los diversos ritos. La catedral está también sometida a los cambios climáticos de las estaciones, por lo que tiene que estar suficientemente climatizado y sonorizado, para poder ofrecer a los fieles un ambiente adecuado para los fieles convocados en asamblea santa.

3.2 Los contrayentes eclesiásticos

La estructura del culto entra en la *Traditio* a través de la dialéctica, proyectada en términos escatológicos, de memoria y actualidad. La catedral crece y se desarrolla siguiendo la imaginación eclesial, alcanzando variadas perfecciones formales con la sustancia sagrada que persiste, para poder ser continuamente rehabilitada y disfrutada por los usuarios.



La normalidad de las adecuaciones. La adecuación de una catedral, por los cambios litúrgicos, culturales y sociales es, pues, un acto de ordinaria administración, en correspondencia con el sistema vital. Tal dinamismo no representa un daño para el edificio sagrado sino una etapa de su natural desarrollo. Por todo ello, si el mantenimiento y la limpieza constituyen la higiene de la catedral, las adecuaciones y reestructuraciones indican el crecimiento de la misma. En este modelo "orgánico" no se excluye ni siquiera la muerte, como nos muestra la historia.

La "consumación" del edificio. La catedral debe "ser consumida" por cada generación que allí celebra los divinos misterios bajo la presidencia del obispo. De suyo, la comunidad eclesial que se sucede en el tiempo, ejerce el derecho y el deber de conservar su existencia, adecuándola. Por ello, el *fiat* generativo de una catedral pone en marcha un organismo mutable y no un absoluto inmutable. Es idolátrico pensar en un edificio sagrado inmutable, ya que contradice el devenir contingente, el desarrollo cultural y el camino religioso. En este sentido, la inmutabilidad muestra la inactividad o la muerte de la comunidad eclesial, o que el sistema normativo no es el adecuado.

3.3 Una "fábrica" dinámica

La construcción de una catedral abre una "fábrica" destinada a enfrentarse con las necesidades de la manutención y con la ritualidad litúrgica a lo largo del entero arco de vida concedido a tal estructura. A los responsables de la "fábrica" compiten obras de construcción y transformación, de modo que no se falsee lo que ofrece la doctrina, la liturgia, la cultura y la colectividad. A estos compete, también, dirigir los impulsos de cada época, afanándose para que el sagrado edificio no pierda su propia organicidad estética y cultural.

El dinamismo de la estructura primitiva. El promotor de una catedral tiene que esperar que cuanto planea padecerá congruas transformaciones y ampliaciones. No se puede caer en la presunción de exigir un edificio inmutable, ya que sería contrario al dinamismo de la Iglesia peregrina y contra el sentido del devenir eclesial. Es necesario iniciar una construcción dinámica, cuya garantía de persistencia en el tiempo se basa en la belleza del arte, y cuyo dinamismo viene favorecido por la creatividad de la comunidad. En este sentido, el edificio cultural seguirá estando vivo, haciéndose imagen simbólica de la comunidad orante y del "cuerpo místico".



La coherencia de las sucesivas intervenciones. Cuantos se aproximan a una catedral tienen que estar en sintonía con la esencia cultural y con los dinamismos culturales. Por ello, quien interviene con posterioridad a la fase inicial, debe intuir la esencia del edificio en su original complejidad, así como en las intervenciones. En efecto, lo que se va modificando o añadiendo, entra a formar parte de la sustancia arquitectónico-espiritual del entero sistema acomodándose a los modelos hermenéuticos del momento histórico y salvaguardando la estructura doctrinal de la Iglesia católica. Las integraciones ejecutadas a causa de las adecuaciones litúrgicas y los cambios culturales, entran en el flujo constructivo de la catedral debiendo ser “reversibles” y que se puedan introducir en el continuo desarrollo del monumento sagrado.

4. La catedral, imagen humanizada de la Iglesia

4.1 La “imago” antropológica

La arquitectura es la *imago* de la intervención humana sobre el entorno. Ésta refleja la evolución de las habilidades y las necesidades innatas en la comunidad humana, tanto en el plano material como en el espiritual. La colectividad, en las formulaciones espaciales, se trasciende a sí misma, abstrae su propia imagen, exterioriza la imaginación común, plasma de modo estético las necesidades religiosas, expresa los significados últimos, da cuerpo a los arquetipos ideales, indica las esperanzas sobrenaturales y diseña las áreas sagradas. Todo este cúmulo de intenciones crea la cultura específica de una civilización. Los signos arquitectónicos se convierten, de este modo, en *imago* de la esencia de la colectividad, como ocurre con la catedral en la civilización cristiana. Ésta es *imago* antropológica del hombre y de la sociedad, que en Cristo, “verdadero Dios y verdadero hombre” encuentra su modelo ideal. La catedral conjuga los deseos socializados de la “ciudad ideal”, idónea para un humanismo pleno, con la realidad sobrenatural de la Jerusalén celestial, bajo la tutela de Cristo Juez supremo. La catedral constituye el significativo arquitectónico de un significado sacramental, por medio del cual se puede intuir la humanidad restaurada por Cristo. De aquí que la catedral asuma connotaciones cristológicas, siendo el vínculo entre el cuerpo arquitectónico y la presencia divina. En este sentido, la catedral asume un valor sagrado, como nos confirman los ritos de dedicación.



La catedral, imagen corporal. La arquitectura se pone como metáfora antropológica que codifica la progresiva toma de posesión del entorno por parte de un grupo. Se convierte en una "imagen corporal", ya que hace visible el *genius loci* y representa simbólicamente al hombre ideal. En la catedral se realiza simbólicamente y litúrgicamente la unión del cuerpo y el espíritu, de la estructura sensible y de la ascesis comunitaria. Los elementos que la componen nos hablan del esplendor de las formas, confiadas a perecederos materiales físicos cargados de perfección dinámica.

La catedral, cuerpo místico. La catedral se convierte así en símbolo de la Iglesia, sacramento universal de salvación en Cristo. Es símbolo de cada una de las porciones de la Iglesia peregrina, que se reúne en torno al obispo en el territorio diocesano, y, además, de la Iglesia glorificada, ya acogida definitivamente por Cristo en la Jerusalén celestial. Es un lugar de culto en el que se pide la presencia de Cristo Salvador y se celebran los sacramentos para la santificación del hombre. Como imagen del "cuerpo místico" describe la sociedad, la cultura, distingue entre las funciones y las necesidades, especifica el papel de cada uno y su función, lo ritual y lo espiritual. Como consecuencia representa el depósito más consistente de la memoria eclesial, donde cada generación ha dejado la impronta de su paso, estableciendo una relación con el pasado encaminada al desarrollo, la conservación, la sacralización y, en ocasiones, también, la *damnatio memoriae*.

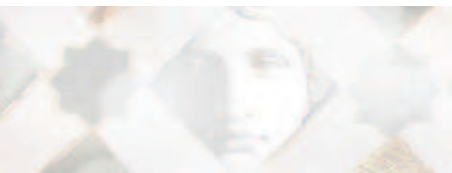
4.2 El significado artístico

Todas las civilizaciones se caracterizan y se modelan realizando obras arquitectónicas y artísticas que constituyen el signo sensible del *genius loci* y del *ius loci*. Por este motivo, dichas circunstancias históricas han permitido en todas las partes del mundo la erección de catedrales de extraordinario valor artístico, a través de las cuales se ha mostrado la acción de enculturación y aculturación de la evangelización cristiana.

4.3 El significado eclesial

Teniendo que ser vivible la arquitectura cultural tiene que combinar percepciones sensibles, impostación ideológica y exigencias funcionales. En este contexto, la catedral expresa el status simbólico de la comunidad cristiana, denota su devenir cultural y resume los procesos simbólicos.

La catedral, espacio que se puede fruir. El usuario tiene que



satisfacerse en la visión de las formas espaciales, ya que debe ofrecer el sentido de la acogida, significando la santa asamblea reunida por el obispo en Cristo. De este modo la composición arquitectónica viene “corregida” desde el punto de vista óptico y de la perspectiva con el fin de relajar la mirada y mover los sentimientos. Además, los estilos arquitectónicos son deducidos de la *natura naturans* y de los símbolos colectivos, para estimular en el usuario un estupor fascinante y significar el recogimiento religioso.

La catedral, figura antropomorfa. Las connotaciones antropológicas esenciales y las relativas al dimorfismo sexual son extraídas de la redundancia del símbolo y de la originalidad de la invención. Volúmenes y geometrías son imagen ideal del hombre en el cosmos y de la resolución del cosmos en el hombre, de modo que el hombre es artífice del espacio arquitectónico y en él fija los propios arquetipos ideales. De este modo la catedral significa el hombre nuevo en Cristo a través de toda la estructura, tanto en el ser como en devenir.

La catedral, símbolo cristiano. La religión de la encarnación se basa en Cristo “verdadero Dios y verdadero hombre”, de modo que los signos sensibles expresan los contenidos espirituales. También el espacio arquitectónico es imagen de Cristo, por lo que tanto en la planimetría como en la sección el proyecto está pensado en términos cristológicos y eclesiales. Esa imagen simbólica del cuerpo místico, en la que Cristo es el jefe y los fieles son los miembros. En efecto en la consolidación arquitectónica a menudo recurren estilos cruciformes junto a composiciones de cubo y esfera, para significar la conjunción de lo humano y lo divino.

La catedral, espacio ritual. Esta es por excelencia la casa de “Dios para su pueblo”. Se trata de un “espacio doméstico”, en el sentido de que la relación de los creyentes con lo divino es litúrgicamente familiar. En el cristianismo viene superada la separación entre lo sagrado y lo profano, por lo que todos los convocados pueden entrar en el aula de culto, aunque la distribución está diferenciada en razón de los papeles ministeriales y las exigencias rituales. En cuanto lugar de culto peculiar tiene que presentar con dignidad artística y conformidad litúrgica los diversos lugares rituales: el presbiterio con el altar, el ambón, la cátedra, la sede, la sillería; la capilla para la reserva eucarística con los reclinatorios para la adoración; el baptisterio con la fuente bautismal; el aula con bancos para la escucha y con lugar adecuados para las procesiones; la capilla penitencial



con los confesionarios para escuchar las confesiones de los fieles; la *schola cantorum* posiblemente con órgano.

5. La catedral, lugar de culto de la comunidad

5.1 Los paradigmas evangélicos

Los paradigmas de la iglesia edificio, que se reflejan en la catedral, se pueden deducir de las Escrituras y la Tradición. En coherencia con el principio general de la nueva religión “en espíritu y verdad” (Gn 4,23), Dios puede ser adorado en todas partes, sin específicas delimitaciones espaciales y, sobre todo, debe ser adorado en la profundidad del propio ser con ardor caritativo. Son muy breves las referencias del Nuevo Testamento a los modelos arquitectónicos específicos.

El Evangelio enumera, como “lugares” teológico-cultuales en perspectiva de redención, el Cenáculo, el Huerto de los Olivos, el Calvario y el Sepulcro vacío. El Cenáculo es lugar convival descrito como un espacio “*magnum et stratum*”, es decir bien dimensionado en referencia a los ocupantes y decentemente cubierto de alfombras, además de apartado y recogido (cfr. Mc 14,14-15). El Calvario es lugar infamante, fuera de los muros de Jerusalén, usado para las condenas a muerte, por lo que contrasta con cualquiera dedicación sagrada, celebrando el eclipse de lo divino en la kénosis del Verbo encarnado. El Sepulcro es, en cambio, un lugar decoroso, cavado en la roca y todavía no utilizado, pero siempre dispuesto para acoger los restos mortales. En el Cenáculo Jesús instituye la Eucaristía como memorial para actualizar en todos los tiempos su presencia; sobre el Calvario celebra el sacrificio de su muerte para la salvación de la humanidad; en el Sepulcro cumple el descenso al averno y la gloriosa resurrección para que se cumplieran las “palabras y obras” presentes en las Escrituras. Estos “lugares” teologizados se combinan en la concepción del altar cristiano, signo cultural por excelencia, que se vuelve en Cristo mesa convival, ara del sacrificio y memoria sepulcral. El altar es pues el fulcro arquitectónico del edificio cultural que lo contiene.



Catedral de Wells



La superación de los lugares pertenecientes a la tradición de Israel. En el orden evangélico y en la praxis apostólica se van dejando de lado progresivamente otros lugares dedicados a lo sagrado. Jesús excluyó el valor absoluto del Templo de Jerusalén, profetizando que no quedará “piedra sobre piedra” (Lc 21,6). Se olvida, incluso frecuentándola, la sinagoga; instruye a los discípulos recorriendo ciudades y aldeas; también reza en espacios abiertos como “el monte” y “el Huerto de los Olivos”. Por tanto, los paradigmas arquitectónico-sagrados de la cultura judía vienen progresivamente marginados.

5.2 El “*sensus Ecclesiae*”

La primitiva comunidad cristiana se ve obligada a abandonar el templo y la sinagoga, ya que entra en oposición con el judaísmo y se dirige a los gentiles. “Lugar” de la evangelización es la diáspora de los creyentes “hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8), por lo que todos los areópagos son útiles para anunciar a “Cristo, crucificado y resucitado”. El “lugar” de la “*fractio panis*” es cualquier entorno doméstico o de convivencia que va del refugio de Emaús, a las orillas del mar de Galilea, al Cenáculo, a las “domus”. Gran respeto viene reservado al “lugar” de la sepultura, especialmente de los mártires, de modo que la iglesia romana primitiva adopta la instalación de las catacumbas, como un espacio privilegiado de acogida para los difuntos “en espera de” la resurrección final. “Lugar” decididamente



Duomo de Milano

cultural para la comunidad crecida numéricamente es la “basílica”, que adopta así de la cultura arquitectónica romana un espacio no cultural sino público.

La asunción de los modelos clásicos. El cristianismo demuestra arquitectónicamente en sus primeros momentos como asimila la cultura arquitectónica circundante, pero dándole un nuevo significado iconográficamente cuanto quiere dedicar a lo sagrado, evitando con escrúpulo modelos que puedan resultar equívocos con referencia a las religiones paganas preexistentes, ya que se niega la existencia de otros dioses fuera del Dios único y verdadero. La basílica se transforma en la iglesia-edificio por antonomasia, de modo que la catedral primada de la Urbe y del Orbe es la Basílica de san Juan de Letrán.



La invención de nuevos modelos. Sucesivamente, cuando el cristianismo se convierte en cultura dominante, ocurre un tipo de consagración cristiana de las tierras evangelizadas, de modo que los templos paganos son destruidos, reciclándose sus materiales, o son transformados en iglesias, alterándoles la estructura. Además, para evidenciar la omnipresencia de Dios y la diseminación del cristianismo, en las áreas de influencia cristiana el paisaje urbano y rural se engalana con espacios de culto.

Una nueva significación de los modelos culturales. Actualmente, en las culturas descristianizadas, las ruinas del pasado con frecuencia vienen privadas de su sentido cultural y reducidas a una obra estética. Además, las arquitecturas contemporáneas tienden a elaborar modelos capaces de significar la instancia cristiana, dado el pluralismo de los paradigmas, la secularización de las culturas y la ambigüedad de lo sagrado. Sin embargo, quedan los parámetros ideales de la arquitectura que se puede destinar a lo sagrado y permanece la urgencia de hacer visible en la catedral a cada Iglesia particular.

5.3 La socialización cristiana

El cristianismo ha elaborado un sistema arquitectónico de gran relevancia social y civil. La arquitectura de inspiración cristiana ha favorecido a la "economía" civil, o, dicho de otro modo, a la recta administración de la "casa del hombre". Las catedrales han asumido una gran relevancia social, siendo el corazón de la diócesis y de la *polis*. Se ha transformado en el lugar de convocatoria de la comunidad diocesana, lugar de la memoria de los personajes ilustres y lugar de súplica de los patronos locales.

6. Conclusión

La catedral no es un conjunto de elementos yuxtapuestos, sino un *unum per se* que se materializa en el acontecimiento celebrativo y hace visible la Iglesia particular. El conjunto es comparable con un cuerpo viviente, que se compone de innumerables partes, pero debe su propia unidad al hecho de constituir un organismo animado. Por tanto, como en un viviente la vivisección hace perder el elemento peculiar de la vida, así para una catedral la descomposición compromete irremediablemente su esencia.



Además, como un organismo viviente se desarrolla en el tiempo sin cambiar de este modo su identidad, así la catedral cambia en referencia a las exigencias litúrgicas y a las coyunturas históricas, manteniendo la propia esencia. Como no se disfruta de un órgano en sí mismo, sino del organismo entero, así tampoco se disfruta de un elemento particular de la catedral, sino de todo el sistema. Cada parte particular de la catedral está ordenada a un conjunto superior y recibe la linfa vital de la presidencia episcopal, junto con el presbiterio y los fieles. Se trata de múltiples teselas de un mismo mosaico, cuyo artífice último es Dios y cuyo diseño celebra su encuentro con la comunidad.

La catedral se introduce en una escenografía exclusiva para actores, tanto en su interior como en el exterior. Externamente sirve de fondo a la vivencia cotidiana como reclamo de las realidades celestiales para los cercanos y los alejados. Internamente acoge y expresa la asamblea santa como imagen de la Jerusalén celeste. Se trata de una escenografía que externamente garantiza continuidad e internamente mutabilidad, ya que por un lado tiene que indicar la permanencia de la providencia divina, y, por otro, debe consagrar la vivencia en la articulación sacramental.

Los múltiples aspectos de una catedral interesan a los cinco sentidos. Así, el fiel está llamado a conjugar ritualmente la proclamación de las Escrituras, el magisterio del obispo, la visión del arte, la audición de la música, además del perfume del incienso y de las flores, el contacto con los materiales del edificio y con las vestiduras sagradas, gustar el alimento ritual y los alimentos festivos. Todo ello compone un "espectáculo" en el que los creyentes desarrollan distintas funciones, de modo que se sienten dentro de un acto que promueve la propia identidad delante de Dios y de la comunidad. Como consecuencia, la catedral continúa siendo estandarte para los creyentes, signo elocuente de la *plantatio Ecclesiae*.

La catedral, imagen arquitectónica de la identidad europea. Esta se ha ido consolidando en la *civitas christiana* y expresando en la arquitectura urbana, para sintetizar de modo nuevo los elementos clásicos y germánicos, según los parámetros conformes a la nueva religión "en espíritu y en verdad". A diferencia de las ruinas de civilizaciones desaparecidas, como los templos paganos o las pirámides egipcias, las catedrales representan una memoria viviente, un hábitat continuamente vivido por la comunidad cristiana, en



el curso de las generaciones, bajo la presidencia episcopal. Reflexionando sobre tales complejos sagrados, la debatida cuestión sobre las "raíces" cristianas de Europa, encuentra la justa perspectiva y emblema específico, ya que las mencionadas "raíces" todavía nutren "fuste", "ramas", "hojas" y "flores", para que el "árbol" de la Iglesia siga produciendo los mismos frutos. Las catedrales son, pues, el signo de la identidad cultural y social de inspiración cristiana que subsiste en la actual civilización europea.

La catedral signo visible de la unidad cristiana. Siguiendo la lógica de la encarnación,

la catedral confirma simbólicamente la comunión eclesial alrededor del obispo, el cual enseña, celebra y gobierna; representa, además, el centro litúrgico de la diócesis de donde parte la acción sacramental de los presbiterios. De aquí los cotejos sensibles que programan la arquitectura del edificio delegada a significar el lugar de la cátedra episcopal. Así se convierte en el emblema de la unidad en la diversidad de la Iglesia, de modo que tradiciones múltiples y estilos diferentes se convierten a lo largo del tiempo en portavoces de los mismos valores y sirven para madurar el sentido de pertenencia a la Iglesia universal.

La catedral, signo religioso del humanismo cristiano. El contacto con la catedral no puede limitarse a la investigación histórica y a la fruición estética, ya que tales complejos son portadores de humanismo cultural y cultural, asegurando que la Iglesia se ha mostrado siempre "experta en humanidad". El inicio del segundo milenio ha representado para Europa la consolidación de la *civitas christiana* a través de una impresionante constelación de catedrales, además de los innumerables edificios de las órdenes monásticas y mendicantes. Evitando lecturas esotéricas, el sistema de las catedrales infunde forma arquitectónica a las elaboradas reflexiones filosófico-teológicas y a las exigencias místico-pastorales. Como un icono simbólico y a través de espacios sagrados las catedrales significan el "pueblo de Dios" reunido en asamblea santa para celebrar con el obispo los divinos misterios. En su visibilidad y centralidad, desde la que se entreteje la urdimbre urbanística, se convierten en heraldos que anuncian el Evangelio a los alejados y acompaña la ascesis de los cercanos. En



Duomo de Orvieto



sus complejas arquitecturas e iconografías, donde se conjugan signos cosmológicos y bíblicos, las catedrales cuentan con resplandor de formas “la recapitulación de todas las cosas en Cristo”. Son, por tanto, síntesis del humanismo cristiano, confirmando que la fe se ha enculturado, las instancias sociales, las concepciones estéticas y las habilidades compositivas.

La catedral, imagen metafórica del “cuerpo místico”. Anunciando la primacía de Cristo, la catedral indica su inefabilidad a través de la belleza, confirma la sacramentalidad por medio de los símbolos, revive la historia por medio de la narración. Desde las puertas al oeste, por donde entra el pueblo, a las del este, que aluden al ingreso celeste, se mitifica litúrgicamente la peregrinación de los fieles, de manera que el tiempo cronológico se transforma en tiempo espiritual. La catedral es, pues, un microcosmos arquitectónico y existencial que preanuncia “la recapitulación de todas las cosas en Cristo” y se convierte en presencia de la comunidad cristiana en cuanto “cuerpo místico”.

La catedral, signo ambiental de la continuidad histórica. Confirmando el pasado e indicando el futuro, la catedral narra en el presente de cada generación tradición y profecía, de modo que dan sentido y perspectiva a la vivencia eclesial. Por lo tanto, son “organismos” o estructuras en proceso de cambio que representan a la comunidad cristiana, modelándose sobre el culto y el gusto. La fábrica se vuelve, en tal modo, el cotejo técnico del futuro formal innato en cada catedral. Tal institución confirma, de una parte, que los materiales son perecederos, signo de la caducidad contingente, garantizando así la manutención del monumento, de la otra, la mutabilidad de los órdenes, signo del devenir eclesial, promoviéndole así el desarrollo. De la continuidad mudable de las costumbres se traslada, pues, a las adecuaciones creativas de las formas, en modo de enlazar una obra en continuo desarrollo como imagen de un pueblo en camino, tanto espiritual como culturalmente.

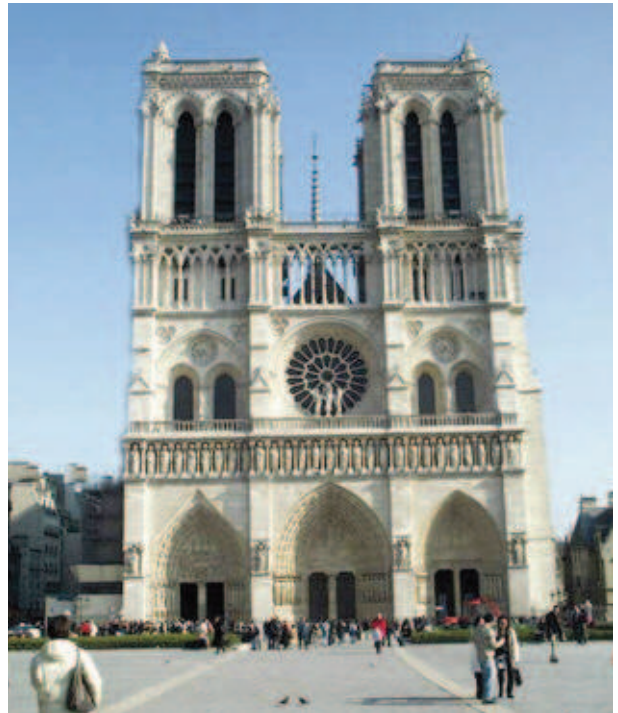
La catedral, diario existencial de la comunidad. La catedral, reseñando de modo diverso la historia espiritual y social de la comunidad cristiana, constituye una “obra pública” que todos pueden disfrutar, reuniendo en una única pertenencia, nobles y pobres, ancianos y jóvenes, clero y laicado. Esta fruición se optimiza en el momento de la celebración, ya que la unidad vital y orgánica de la catedral se realiza en el momento en el que arquitectura, escultura, pintura, vidrieras, luces, decoraciones, adornos, paramentos, músicas, cantos y rituales se



animan litúrgicamente. La catedral cuenta todo lo que ha acontecido entre Dios y el hombre, por lo que las estructuras en su conjunto componen un único escenario iconográfico ofrecido a los fieles. Estos, además de gozar con placer estético e inspiración religiosa de tales atmósferas espirituales, se convierten en parte del sistema asumiendo valor icónico y participando en la dimensión sacramental.

Si las catedrales vuelven a adquirir su significado es posible confirmar *de iure* y *de facto* la connotación cristiana de Europa, de donde proceder a nuevos programas a través de los cuales mostrar los frutos actuales, nutridos por raíces lejanas. Es importante, que las catedrales antiguas y modernas vuelvan a ser "narración", por lo que es necesario dar de nuevo a las formas estéticas significados religiosos, educando convenientemente a los usuarios. También es importante que estas instituciones se reúnan en asociaciones, con sus organismos de administración y conservación, para mostrar unidad de intenciones y valores en la diáspora territorial, donde la diversidad se transforme en documento de la variedad carismática y de la genialidad artística, permaneciendo como expresión de la única fe cristiana.

Si en el pasado fueron las incursiones bélicas y las luchas confesionales las que destruyeron los tesoros de las catedrales cristianas, hoy son la museografía estética y la desacralización religiosa las que ponen peligro su significado. Por el contrario, la vitalidad de tales monumentos, sobre todo de los más antiguos, sirven para demostrar el deseo de superar el escándalo del Cristo dividido, devolviendo a Europa y al mundo un único, diferente y tolerante idealismo cristiano.



Noître Dame de Paris